

Editorial

Los años de la soledad

Los escenarios de Intervención en lo Social se tornan cambiantes y complejos. Se nos presentan en sociedades fragmentadas y mutiladas en sus lazos, en las que la solidaridad aparece como un viejo texto olvidado en una mesa de saldos de una librería. El neoliberalismo logró construir nuevas formas de subjetividad, ferozmente individuales, siniestras, que nos llevan a un mundo de espanto y peligro. Un lugar donde lo Otro es construido como algo que acecha desde la oscuridad. La subjetividad se transformó en un espacio de puja desconocido y complejo.

La lucha en el campo de la subjetividad requiere de una mirada social que la atraviese y le dé dirección a la tarea. Conocer a la sociedad desde lo micro, atravesado y signado por lo macro social, le recuerda al Trabajo Social una serie de capacidades y posibilidades que lo hacen necesario en términos de transformación del padecimiento en acción transformadora.

La desigualdad es, de diferentes maneras, presentada como algo natural y necesario para el funcionamiento de las sociedades. Las corporaciones y el capital financiero, en muchos casos, no necesitan ya de mediadores, instalan a sus propios gerentes en los gobiernos de los Estados Nación y desde allí operan de forma obscena gestionando la injusticia.

Mientras tanto, la mayoría de los medios de comunicación de todo tipo justifican el saqueo, construyen una estética de la desigualdad, generando una especie de utopía mentirosa que se instala en cada individuo y atraviesa lenta y pausadamente a cada uno de nosotros. Se logra colocar en nuestras subjetividades una suerte de “culpa” por haber accedido a derechos y mejores condiciones de vida. Por otra parte, pareciera que la integración se construye desde lo negativo, es decir desde un miedo que fácilmente se transforma en odio y agrupa desde allí a unos y otros. La xenofobia, por ejemplo, desde la instalación del temor al Otro, logra construir una forma de hermandad sumamente peligrosa, ya conocida en los años más oscuros y tenebrosos de la Europa del Siglo XX.

Vuelve la idea de que “no hay sociedad”, “sólo se trata de individuos”, tal como lo expresaran hace ya más de treinta años los precursores del neoliberalismo. Mientras, comienza nuevamente a crecer la intolerancia y el discurso conservador se restaura con mucha más fuerza.

La Política, entendida desde esa perspectiva, se limita a una fórmula sencilla: respuestas simples a problemas complejos. Así, la Política se convirtió en una estrategia de marketing donde los más astutos ganan y superan a quienes aún se aferran al mundo de las ideologías. Desde la afirmación que se apoya en que las ideas confunden y generan “grietas” o conflictos, se instala un discurso que llaman político y cuyo sustento no pasa de veinte frases combinadas que pueden copiarse de cualquier libro de auto ayuda.

La Política como transformación de la sociedad es devaluada desde diferentes formas. En principio, desgastando la visión de todo Social. Luego, manchándola y asociándola con la corrupción y, por último, vinculándola con burocracias ineficientes. El Estado Social es presentado como un dispositivo que, si beneficia a alguien, termina perjudicándolo, quitándole iniciativa y

posibilidades de hacerse a sí mismo. Paradójicamente, parte de la crisis de los gobiernos populares de Sud América se apoya en los beneficios, avances o medidas de distribución de la riqueza que tomaron.

La cultura imperante se tornó meritocrática, sólo vale lo que se consigue a través de la ilusión del esfuerzo personal. Se descartan condicionantes, determinantes, causas ajenas a cada individuo.

La responsabilidad de lo que le pasa a cada uno es explicada como un fenómeno individual. Los factores sociales se descartan, al igual que las desigualdades económicas que genera el capitalismo. Para resolver los problemas sociales, cada uno debe incorporar la lógica de la autoayuda y, si no funciona, buscar otra fórmula dentro de las opciones del “sí se puede” o “si sucede, conviene”. De esta manera pareciera que surge una nueva religión sin iglesias, en la que los feligreses repiten fórmulas de auto convencimiento, siendo lo que les ocurre su propia responsabilidad. Una nueva religión apoyada en la culpa, donde los héroes son los que “lo lograron”, sin importar cómo. Así se logra una especie de admiración y se construye un halo de “santificación” alrededor de aquellos que “pudieron”, no importa cómo lo hicieron (si fue estafando, prostituyéndose, engañando, mintiendo). Lo relevante es haber llegado; ¿dónde?, no importa mientras que el sinónimo del éxito sea diferenciarse estéticamente de los demás y ostentar indecentemente la riqueza obtenida.

El fascismo crece ya sin ideología, es simplemente una máquina de anular o mutilar, programada como una especie de software que actúa cuando es necesario, sólo cuando el rival se opone al proyecto personal de cada uno o al de la corporación. Un nuevo fascismo que logra algo impensado: supera siniestramente al anterior, simplemente porque lo hace desde un convencimiento alienado en el que los derrotados se sienten y se creen responsables de su situación.

A partir de estas cuestiones surgen algunos interrogantes hacia las Ciencias Sociales y a la intervención en lo social. ¿Hasta cuándo nuestras subjetividades serán capaces de transcurrir en un mundo como éste?, ¿cómo operar en la recuperación de una memoria histórica que construya una resistencia?

Tal vez el sentido de la intervención en lo social sea hoy llevar adelante prácticas que faciliten la construcción de una subjetividad capaz de moverse en estos escenarios y tenga capacidad de involucrarse en la recuperación del lazo social, haciendo ver, rescatando historias colectivas, desmalezando los caminos que nos llevaban a las utopías. En definitiva, a reencontrarnos con el Otro, recuperando la noción de solidaridad.

Alfredo Juan Manuel Carballeda